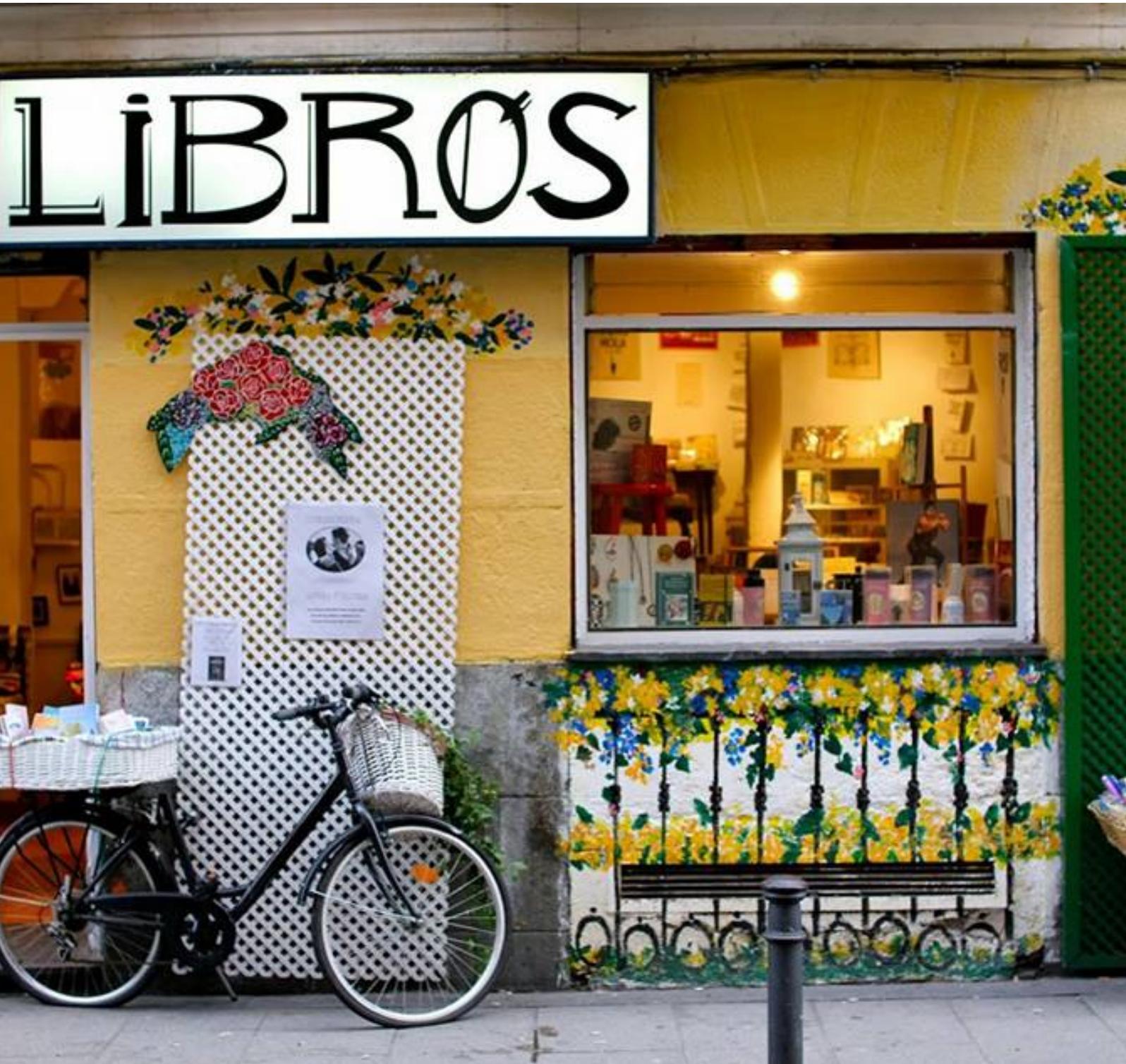


Bicicletas - fragmento Seúl

Marcos Mosteiro



Capítulo 1

I. BICICLETAS

(*Octubre, presente discontinuo*). Despierto de la siesta, cepillo mis dientes, trago un capuchino tibio y salgo a inflar la bici con lo puesto: remera de Pulp, bermuda de jean, botitas de lino y un suéter arrugado. La primera sensación es la de siempre: voy desabrigado. Dos cuadas nomás y tropiezo con una extraña de ojos verdes que arrastra sus pies al trajinar (*&¿Cómo camina la mujer que me ama?&*). A la altura del kiosco, la joven del gym afronta el hastío de la maternidad a los dieciséis y juega con su auto usado en el jardín, pero al divisar el almacén, atiende el suspiro de las almas purgantes que duermen sin calma al aclarecer y estaciono en la vereda: - "*&Adiós vecinos, adiós&*", saludo con la mano derecha y reanudo la marcha. En Maipú, el sol se esconde detrás de los edificios y la postal adquiere un tono melancólico: hay un viento perfectamente del mar, aunque Banfield bien podría ser una de esas colonias del ferrocarril al sur de Nueva Delhi. La dietética de Viamonte, frente a la sala de primeros auxilios, lugar de la ciudadanía triste y ayunada. El viejo graffiti de Palacios: "A-B-U-C-H-E-O TETRA/MUNDIAL" (*Pues bien, ¿y eso que significa?*), y la iglesia que trae el mal; el mal duro, donde se confiesan las novias anoréxicas y dos mendigos fuman en el patio. Muchas personas regresan de sus *horribles* trabajos de oficina y esperan la llegada del viernes. Hacen mandados o beben cerveza negra en el único bar decente, y para mí, cualquier día suena a domingo (*Pueblo chico, vida solapada*). Llego entonces a la gomería, enciendo un cigarrillo, y mientras alimentan a las ruedas, sueño, muy en secreto, con que el rollo de la cinta empiece a desatarse hacia atrás.

Parece un corto familiar, *¿no lo dije aún?* Amores vinculados a la creatividad de las fuentes insisten en que no revele su ADN. Pero a decir verdad, ni siquiera es importante, de forma tal que ajustaré la narración de los hechos a lo estrictamente *informativo*. Así las cosas, debo confesar que boté a mitad de los 80, cuando la moda nominal todavía era lo suficiente apostólica-y-romana como para prevalecer (nombrar, en definitiva, no deja de ser un sacramento rico en carbohidratos). Recuerdo los partidos inter-escolares en Lavallol, esas mañanas templadas en la que los niños de la Sagrada Familia de Nazaret medían fuerzas dispares ante *chicos ricos* del Euskalechea. Algo así como *Buenos Samaritanos vs Vascos de la ETA*. Nosotros perdíamos por goleada todos los partidos; sin embargo, ello no obedecía a la calidad técnica de nuestros jugadores; los había muy buenos, y habilidosos: jeremías, pablos, gabrieles, mateos, lucas, ignacios, agustines; todos iban en minúscula y respetaban el balón. Más bien, se trataba de una cuestión de "entrenamiento". No teníamos orden, y tampoco estábamos organizados. Las formaciones se armaban a los ponchazos, sobre la hora, de modo que cualquiera jugaba en cualquier lado, sin dirección táctica. Los padres a veces se horrorizaban con el

score, y lanzaban algún puñal disfrazado de pregunta: - "¿Para perder por goleada te traigo siempre?" Lo cierto es que la democracia religiosa era el combustible del modelo, aunque todo ello ha quedado lejos, reducido solo a mejillas rojas de vergüenza. Incluso serían exitosas muchas telenovelas mexicanas durante los 90's, cuyos personajes obedecían a este principio enlatado, estilo "María la del barrio". En efecto, eran días de rock y ghetto, en los que *el rioba* era un estigma en la muñeca. O un tatuaje en el brazo, da igual. No hablo en broma. Si quisiera *bromear* no estaría dedicando la poca energía que tengo en estas líneas de pretensiones omnicomprendivas y fracasos rotundos. Si ustedes me siguen, será posible abrir un cuadro sinóptico.

Ya saben (1) que vivo en Banfield, y (3) que observo descalzo, taciturno. Y eso sucede casi todo el tiempo, en especial, durante el ocaso, cuando el sol cae sobre la gente corriente y voy en bicicleta. Y aunque no lo crean, tengo una amiga que casualmente se llama *Sun*. Hablo mucho de cine con ella. En situaciones muy precisas, (coloquemos "una cena", acaso) reemplazo su nombre por otro de tres letras: *Oda, Mal, Paz, Etc.* Una imagen que no requiere preventivos solares ni adjetivos fofos; Sun es ciudadana británica, nieta de abuelos británicos calvinistas, de esos que toman el té a las cinco en punto y viven en una casa antigua con techos de tejas. Vive del otro lado de la estación, en el barrio inglés de los inventores del tren; Su Tatarabuelo fue uno de los conquistadores de la ciudad, y me refiero a esa clase de Citizen Kane que uno observa en las plazas de cualquier pueblo, fundidos en bronce y con pose de prócer, el modo conmemorativo de la historia. Aterrizó en estos pagos el 17 de octubre de 1845 como ingeniero cívico de la Royal Tenembaun Company, cuando todo esto se reducía simplemente a potros bravucones, arroyos transparentes y carga encendida. Ella también ama profundamente el cine francés y se enoja cuando le digo "Clisé". El tono irónico de mi pronunciación es en realidad lo que le molesta (*Chícle*). Bueno, si hablo de cine todo el día es porque nací en un videoclub, literalmente. Se llamaba Seúl y ya no existe. Mientras tuvo vida, abrió de lunes a domingo en un local que ahora vende choripanes, sobre la avenida Maipú, llegando casi a la esquina Alsina. A la vuelta podrán encontrar las paradas de los colectivos que van hacia el centro y a su lado, la célebre farmacia Casper, siempre rebosante de gente enferma y de fantasmas que pagan impuestos y servicios. Conozco eso de la decadencia burguesa en carne propia. Mis padres montaron el negocio de las cintas con la inestimable ayuda de mi abuelo (un simpático sindicalista de la cerámica) una semana antes de que el muro besara el suelo de Berlín. Poco después llegaría el Acto de Oliva, evento en el que un radicalismo fracturado y sin color entregaba el mando del Estado a manos de Saúl Méndez, el lobo de Perón según mi tío Charly. Esa misteriosa sincronía fonética entre la política y el arte funcionaría como puente en mi agitada vida social, aunque de ello solo repare en este momento. Nací para caer, pero esto no se trata de mi puta autobiografía.